

A propósito de...

8 de septiembre

La Natividad de nuestra Señora

El nacimiento de la Virgen María



La celebración de la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María, es conocida en Oriente desde el siglo VI. En Occidente fue introducida hacia el siglo VII.

El Evangelio no nos da datos del nacimiento de María, pero hay varias tradiciones. Algunas, considerando a María descendiente de David, señalan su nacimiento en Belén. Otra corriente griega y armenia, señala Nazareth como cuna de María.

Sin embargo, ya en el siglo V existía en Jerusalén el santuario mariano situado junto a los restos de la piscina Probática, o sea, de las ovejas. Debajo de la hermosa iglesia románica, levantada por los cruzados, que aún existe –la Basílica de Santa Ana– se hallan los restos de una basílica bizantina y unas criptas excavadas en la roca que parecen haber formado parte de una vivienda que se ha considerado como la casa natal de la Virgen.

Si pensamos por cuántas cosas podemos hoy alegrarnos, cuántas cosas podemos festejar y por cuántas cosas podemos alabar a Dios; todos los signos, por muchos y hermosos que sean, nos parecerán tan sólo un pálido reflejo de las maravillas que el Espíritu de Dios hizo en la Virgen María, y las que hace en nosotros, las que puede seguir haciendo... si lo dejamos.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA

javier.sanchez@fundacionhospitalarias.org

jorgejuan.galan@fundacionhospitalarias.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)



www.fundacionhospitalariasciempozuelos.org

14 DE SEPTIEMBRE 2025

XXIV. DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Año XV. nº 952

La
BUENA
NOTICIA
de la
SEMANA



Palabra de Dios:

Números 21, 4b-9.

Quando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida.

Salmo 77.

No olvidéis las acciones del Señor.

Filipenses 2, 6-11.

Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó sobre todo.

Juan 3, 13-17.

Tiene que ser elevado el Hijo del hombre.

El 14 de septiembre celebramos los cristianos una fiesta extraña y desconcertante. ¿Qué sentido puede tener hablar de la «*exaltación de la Cruz*» en medio de una sociedad que sólo parece exaltar el placer y el bienestar? ¿No es esto ensalzar el dolor, glorificar el sufrimiento y la humillación, fomentar una ascesis morbosa, ir contra la alegría de la vida?

Sin embargo, cuando un creyente mira al Crucificado y penetra con los ojos de la fe en el misterio que se encierra en la Cruz, sólo descubre amor inmenso, ternura insondable de Dios que ha querido compartir nuestra vida y nuestra muerte hasta el extremo. Lo dice el evangelio de Juan de manera admirable: «*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su único Hijo para que todo el crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*». La Cruz nos revela el amor increíble de Dios.

Si Dios sufre en la cruz, no es porque ama el sufrimiento sino porque no lo quiere para ninguno de nosotros. Si muere en la cruz, no es porque menosprecia la felicidad, sino porque la quiere y la busca para todos, sobre todo para los más olvidados y humillados. Si Dios agoniza en la cruz, no es porque desprecia la vida, sino porque la ama tanto que sólo busca que todos la disfruten un día en plenitud.

Por eso, la Cruz de Cristo la entienden mejor que nadie los crucificados: los que sufren impotentes la humillación, el desprecio y la injusticia, o los que viven necesitados de amor, alegría y vida. Ellos celebrarán hoy la Exaltación de la Cruz no como una fiesta de dolor y muerte, sino como un misterio de amor y vida.

¿A qué nos podríamos agarrar si Dios fuera simplemente un ser poderoso y satisfecho, muy parecido a los poderosos de la tierra, sólo que más fuerte que ellos? ¿Quién nos podría consolar, si no supiéramos que Dios está sufriendo con las víctimas y en las víctimas? ¿Cómo no vamos a exaltar la cruz de Jesús si en ella está Dios sufriendo con nosotros y por nosotros?

José Antonio Pagola



“Para todo acudamos a María. Ella es Nuestra Madre. Ella así lo desea vivamente. Ella es nuestra intercesora. Ella suplirá todo lo que nos falta a nosotros.”

San Benito Menni (c. 452)

Oración a la Virgen María Madre del Consuelo (Patrona de Ciempozuelos)

Oh María, Madre de Jesús
y Madre nuestra;
a ti confiamos nuestras vidas,
nuestra familia, nuestras necesidades,
preocupaciones y sufrimientos.
Tú eres nuestro Consuelo,
porque nos alcanzas a tu Hijo
cuando en realidad lo necesitamos.
Por ti nos ha venido el consuelo de Dios,
Jesucristo, nuestro Señor.
Él cargó con nuestros pecados
y sufrimientos para otorgarnos el perdón,
el consuelo y la paz.
Concédenos buscarle siempre
en su Iglesia, donde nos espera para
llenarnos de amor y de paz.
Así, llenos de su consuelo, también nosotros
podremos consolar a cuantos lo necesitan.



Amén.